



En la historia de la Iglesia hay encuentros que no solo edifican, sino que también sacuden, purifican y hacen crecer. Uno de los más fascinantes —y a menudo mal comprendidos— es el intercambio intelectual y espiritual entre San Agustín de Hipona y San Jerónimo.

Lejos de ser un simple desacuerdo entre eruditos, su controversia revela algo profundamente humano: cómo incluso los santos, en su búsqueda sincera de la verdad, pueden enfrentarse con intensidad... y aun así edificar la unidad de la Iglesia.

Este episodio no es solo historia antigua. Es una brújula espiritual para el creyente de hoy.

Un contexto de fuego: la Iglesia en formación

Estamos en los siglos IV y V. El cristianismo ha salido de las catacumbas y ahora enfrenta un desafío distinto: definir con precisión la verdad revelada frente a interpretaciones divergentes.

- San Jerónimo, desde Belén, se dedica a traducir la Biblia al latín (la **Vulgata**), con una obsesión casi ascética por la fidelidad textual.
- San Agustín de Hipona, obispo en el norte de África, construye una teología profunda que marcará siglos.

Ambos aman la verdad. Ambos aman la Iglesia. Pero no siempre coinciden en el camino.

El núcleo de la controversia: Escritura, verdad y autoridad

1. La traducción de la Biblia: fidelidad o tradición

Uno de los puntos más delicados fue la traducción del Antiguo Testamento.

San Jerónimo decidió traducir directamente del hebreo, alejándose de la **Septuaginta** (traducción griega tradicionalmente usada por la Iglesia primitiva).

San Agustín, en cambio, se mostró preocupado.



¿Por qué?

- Temía que abandonar la Septuaginta generara confusión entre los fieles.
- Consideraba que esa traducción tenía una autoridad providencial dentro de la Iglesia.

Aquí aparece una tensión que sigue vigente hoy:

¿Debe primar la precisión histórica o la tradición recibida?

2. El episodio de Gálatas: ¿puede un apóstol “simular”?

Otro foco de discusión fue la interpretación de Gálatas 2, donde San Pablo reprende a San Pedro.

San Jerónimo sostenía que el enfrentamiento había sido una especie de “**simulación pedagógica**” para instruir a los fieles.

San Agustín, con firmeza, se opuso:

Si admitimos que los apóstoles fingieron, ¿cómo confiar plenamente en la verdad de la Escritura?

Para Agustín, la verdad debía ser absoluta. No podía haber engaño, ni siquiera con fines didácticos.

Aquí emerge una cuestión teológica crucial:

la inerrancia y veracidad de la Sagrada Escritura.

El tema espinoso: los libros “apócrifos” del Antiguo Testamento

Uno de los puntos más relevantes —y que aún hoy genera debate— es la cuestión del canon bíblico.



Jerónimo y su postura crítica

San Jerónimo distinguía entre:

- Libros **canónicos** (según el canon hebreo)
- Libros **eclesiásticos** (como Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico, Macabeos)

Estos últimos, que hoy la Iglesia llama **deuterocanónicos**, eran considerados por él útiles para la edificación, pero no con la misma autoridad doctrinal.

Agustín y la defensa de la tradición eclesial

San Agustín defendió con claridad la inclusión de estos libros dentro del canon.

Para él:

- La autoridad de la Iglesia es clave para discernir la Escritura.
- La tradición viva supera el criterio puramente filológico.

Esta postura fue confirmada en concilios como el de Cartago (397).

¿Hubo retractaciones? Un punto clave

San Jerónimo: matices y evolución

Aunque inicialmente crítico con los deuterocanónicos, San Jerónimo:

- Terminó incluyéndolos en la **Vulgata**
- Reconoció su uso litúrgico y espiritual en la Iglesia

No fue una retractación explícita total, pero sí una **integración obediente** a la tradición eclesial.

San Agustín: firmeza sin rigidez

San Agustín no se retractó en estos temas, pero mostró siempre una actitud:



- Humilde
- Abierta al diálogo
- Profundamente eclesial

De hecho, en sus *Retractationes*, revisa muchas de sus propias obras, mostrando que incluso los grandes doctores están en camino.

Una lección espiritual poderosa: la verdad se busca en comunión

Lo más impresionante de esta controversia no es el desacuerdo... sino cómo lo vivieron.

- Se escribieron cartas intensas, a veces duras.
- Hubo incomprensiones.
- Pero nunca rompieron la comunión.

Esto nos deja una enseñanza vital para hoy:

- ☐ **Se puede disentir sin dividir.**
- ☐ **Se puede defender la verdad sin perder la caridad.**

Iluminación bíblica: la corrección en la verdad

La propia Escritura ilumina este episodio:

“Decid la verdad cada uno a su prójimo, porque somos miembros unos de otros.”
— (Efesios 4,25)

Y también:



“El hierro se afila con hierro, y el hombre en el trato con el hombre.”

— (Proverbios 27,17)

La controversia entre estos santos fue precisamente eso:
un afilamiento mutuo en la verdad.

Aplicaciones prácticas para el creyente de hoy

1. No temer al debate teológico

La fe no es frágil. La verdad no se rompe por ser examinada.

2. Amar la Iglesia incluso en sus tensiones

San Agustín y San Jerónimo nunca se pusieron por encima de la Iglesia.

3. Buscar la verdad con humildad

Ambos eran genios... y aun así aprendían.

4. Equilibrar razón y tradición

Un desafío actual:

- Ni racionalismo frío
- Ni tradicionalismo sin discernimiento

Sino una fe viva, encarnada.



Conclusión: una controversia que sigue viva

La discusión entre San Agustín de Hipona y San Jerónimo no es un episodio cerrado del pasado.

Es un espejo.

En un mundo donde las diferencias generan ruptura, ellos nos enseñan algo radicalmente contracultural:

- **La verdad se busca mejor juntos que solos.**
- **La santidad no elimina el conflicto, lo redime.**

Y quizás la mayor enseñanza sea esta:

Dios no teme nuestras preguntas... pero nos pide que las hagamos dentro de la comunión de la Iglesia.